

**XXXI Jornadas de Investigación del Instituto de Literatura Hispanoamericana  
Facultad de Filosofía y Letras- Universidad de Buenos Aires – marzo de 2019**

**La recepción de las nuevas corrientes de la crítica literaria  
en las páginas de *Sur* en los años sesenta**

**Hernán A. Biscayart  
Universidad de Buenos Aires**

A lo largo de la historia de la revista *Sur* fue constante la difusión y discusión de las distintas corrientes intelectuales que se fueron dando en Europa. El propósito de este trabajo es realizar un relevamiento, acotado a los límites de extensión, de la presencia de algunas de ellas en las páginas de la revista, especialmente las que han sido fecundas en su incorporación al marco teórico y crítico de los especialistas argentinos que fueron formándose mediante su recepción en los años sesenta, en particular a través de la participación de Enrique Pezzoni como secretario de redacción.

Dado que una revista como *Sur* fue en general un amplio muestrario de la diversidad de enfoques teóricos y críticos, y que en ella convivieron críticos de diversas tendencias y generaciones, el recorte que aquí propongo procura ser representativo de esa diversidad.

En una anterior ocasión (Biscayart, 2018) trabajé con un corpus que es prácticamente el mismo que en esta oportunidad, pero la hipótesis de trabajo en este caso se desplaza hacia esa convivencia de hecho entre tales enfoques y la aparición en ese marco de las nuevas corrientes de la crítica (por ejemplo, el estructuralismo y las novedades que suponían la introducción de la perspectiva bajtiniana). Por ejemplo, en el número 311 (marzo-abril de 1968), puede leerse un artículo de Enrique Anderson Imbert titulado “Roberto J. Payró, Leo Spitzer y la estilística”. La formación de Anderson Imbert es ilustrativa del modo en que se trabajaba en las primeras décadas del siglo XX en la academia argentina. Anderson se formó, entre otros, con Amado Alonso y Raimundo Lida, quienes lo pusieron en contacto con la obra de Spitzer, destacado filólogo vienés, contemporáneo entre otros de Wittgenstein y muy influido por el pensamiento de otro ilustre conciudadano, Freud.

Anderson Imbert, en este homenaje al crítico austríaco, expone sus acercamientos y diferencias con el enfoque que proponía Spitzer: “Spitzer no era un filósofo ni de la lengua ni de la literatura, sino un filólogo que, por su mucho leer y su mucho intuir, podía enseñarme los trucos del oficio, y desde entonces estuve atento a cuanto publicaba” (Anderson Imbert, 1968:59). Al recordar su primera clase al frente de la cátedra de Introducción a las Letras en la Universidad de Cuyo, en 1940, relata que se trató de una exposición del método estilístico de Spitzer, sobre el que basó su análisis de tres novelas de Roberto J. Payró en un libro publicado años después, “el primero que un crítico argentino aplicó a un novelista argentino”, dentro de esa tendencia.

Como es sabido, Anderson Imbert continuó su carrera en Estados Unidos tras recibir la beca Guggenheim en 1943. Allí tuvo ocasión de conocer a Spitzer, “una de las eminencias en el campo de la filología románica”, y quiso saber por qué su maestro, que había escrito centenares de artículos, nunca se había referido en ellos a la literatura hispanoamericana. La propia experiencia de Anderson como lector profesional desde los años treinta nota que incluso en nuestro país los escritores del continente eran poco leídos. Por eso su formación como estudioso de la literatura hispanoamericana implicaba una cierta marginalidad asumida, y en ella tuvo mucho que ver Pedro Henríquez Ureña.

De su encuentro con Spitzer, a quien visitó en la Universidad Johns Hopkins de Baltimore, Anderson recogió la impresión de que el desdén del profesor austríaco era producto de esa misma marginalidad, pero éste tuvo la oportunidad de explicitarlo en una carta posterior. Spitzer decía que no podía tener como objeto de estudio una obra que fuera trascendida por la crítica que se hiciera sobre ella y definía la tarea del filólogo como “un enamorado del arte literario que encamina al público (y a los escritores) hacia un arte puro, no muy diferente de la contemplación”. En una literatura como la hispanoamericana, percibida como naciente desde la cultura de un auténtico centro mundial de la vida intelectual, como fue Viena hasta la llegada del nazismo, Spitzer no había encontrado mayores motivos de interés. Sin embargo no se proponía desanimar del todo a su discípulo argentino, pero le advertía que “no quiero decir que usted no deba educar al público y a los escritores argentinos para que se encaminen hacia el gran estilo literario. Pero la escritura de usted se convierte en *normativa*, mientras que la nuestra es *descriptiva*” (Anderson Imbert, 1968:61).

En las páginas de una revista como *Sur* tenían su lugar las reseñas bibliográficas de las obras de reciente edición, como forma de generar, de un modo diferente al de la

crítica de mayor aliento encarada por académicos como Anderson Imbert, un mercado para las novedades que la industria editorial difundía. Pero en muchos casos, sobre todo en aquellos años finales de los sesenta, la dinámica del mercado se anticipaba a lo que las páginas de *Sur* podían proponer. Los históricos colaboradores de la revista se ocupaban de esta tarea que podríamos definir como una de sus rutinas, y ocasionalmente la alternaban con los más jóvenes que venían abriéndose paso, como Enrique Pezzoni, Ivonne Bordelois o Edgardo Cozarinsky.

Eduardo González Lanuza, un exponente de la generación que había editado la revista *Martín Fierro* en los años veinte, tuvo a su cargo escribir algunos párrafos en ocasión de la publicación de *Cien años de soledad*. Luego de lamentarse del “deplorable aislamiento” en materia cultural de las naciones hispanoamericanas entre sí, señala que “por esta vez me ha permitido poder leer este libro del colombiano Gabriel García Márquez, sin estar previamente enterado de que Gabriel García Márquez era nada menos que Gabriel García Márquez, un novelista mayúsculo. Puedo hacer sin reticencias esta declaración pública por no pertenecer a la categoría de los críticos profesionales, en quienes se descuenta la obligación de ‘estar al tanto’. Por la circunstancia de no ser sino un lector común puedo confesar aquí, aunque no sin cierto sonrojo, mi reciente ‘descubrimiento’ de este libro. (...) Mi ignorancia con respecto a su autor no deja de ser un grave síntoma, más que por lo que personalmente me afecta, por el índice de ese insensato desconocimiento mutuo de la labor literaria entre países de tan cacareada fraternidad cultural” (González Lanuza, 1967:50). Puede verse en esta cita un indicio de la visión predominante en la generación fundadora de *Sur* de la cultura argentina o latinoamericana como una cultura subalterna, y el relato de Anderson Imbert con su cita a la carta de Spitzer, su maestro en el campo de la crítica, muestra que su mirada europeizante condicionaba, por mero desconocimiento, sus juicios sobre una literatura tenida injustamente como “menor”. En un encuentro posterior con Spitzer recuerda sus palabras aleccionadoras: “Me gustaría ver cómo esa lucha de los hispanoamericanos por la libertad política se reflejó en el plano más difícil de la libertad poética” (Anderson Imbert, 1968:65), augurando que esa virtud ética se transforme en virtud estética.

Las reseñas bibliográficas, un género cuyos textos están habitualmente limitados en su extensión, no tienen la misma jerarquía de los artículos que se anuncian en la portada de *Sur* con los nombres de sus autores, pero en ellas van apareciendo estas nuevas visiones de la crítica, aunque muchas veces no se expliciten como tales. Otra

sección de notas aún más breves, en esta etapa de la revista, es “Bitácora”, una miscelánea entre la reseña más formal y la crónica de acontecimientos recientes. En ambos casos suelen aparecer agudos interrogantes que exceden los alcances de la obra que se comenta o de la reunión académica de la que se da cuenta. Uno de ellos es, ni más ni menos, qué se entiende por literatura, algo que parecía ya resuelto desde que los formalistas rusos desarrollaron la idea de *literaturnost*.

A propósito de una recopilación de cuentos cuyo autor es Noé Jitrik, *La fisura mayor*, escribe Luis Justo, otro de estos jóvenes críticos: “Resulta difícil saber qué es un lector ‘real’ o ‘verdadero’. Como la actividad de leer puede ser ejercitada con todo lo que está ‘escrito’, se torna incluso difícil saber qué es exactamente ‘literatura’. Pero si se acepta que leer, por ejemplo, la frase ‘Compre arvejas’ no es leer literatura, se termina por sospechar que entre literatura y verdad hay relaciones complicadas. Alguien falsifica: el escritor como copiosa araña, o el lector como presa que sólo necesita cerrar el libro para huir. (...) No es tampoco que se haya dicho: ‘Terminemos con la maldita literatura’, empresa acaso agobiante, pero después de todo sutil –digna de esfuerzo– si se trata de hacerlo por medio de la literatura misma” (Justo, 1968a:91).

Luis Justo también se ocupó de reseñar *La traición de Rita Hayworth*. Uno de los puntos en que repara es la variedad de técnicas narrativas empleadas en la novela de Puig, de las cuales enuncia ocho: “diálogo realista, diálogo en el que sólo figura un interlocutor (guiones y blancos indican el silencio y la existencia del otro, refleje o no un proceso imaginario), relato en primera persona (con leves oscilaciones hacia el monólogo interior), diario, composición de colegio, anónimo (con el particular aroma a *ex abrupto* y compulsivo resentimiento que lo distingue de la correspondencia normal, cuaderno de pensamientos y carta. Esta variedad de ópticas, ¿habrá contribuido al malestar del censor?” (Justo, 1968b:97). La pregunta con la que cierro la cita nos remite inmediatamente al contexto argentino de fines de los sesenta, con una dictadura militar en el poder que concentró su represión sobre las ideas con el mismo empeño con el que la dictadura posterior lo haría sobre los cuerpos. Pero los resortes del poder no dependían solamente de los burócratas culturales a sueldo de las autoridades sino que el espíritu de vigilancia se había extendido hacia los eslabones menos significativos de esta cadena de montaje. Un anónimo linotipista –recordemos que en aquellos tiempos las páginas de los libros se componían de un modo casi artesanal– dio aviso a sus superiores de un fragmento que consideró contrario a la “moral y las buenas costumbres”. El editor no quiso correr riesgos y devolvió a Puig su obra. Otro editor,

más dispuesto a correr el riesgo de la censura oficial, aceptó publicarla. El crítico, quizás disimulando cierto rubor, dice con agudeza: “Interiormente, *La traición de Rita Hayworth* es también borrascosa, punto sobre el que, empero, el lector puede discrepar con el linotipista” (Justo, 1968b:98).

El marco teórico en discusión en aquellas épocas, que atraviesa las disciplinas ligadas a lo social, no es otro que el estructuralismo. Mario Lancelotti escribe un artículo de varias páginas, lo que se justifica por la importancia de la obra reseñada, *Antropología estructural* de Claude Lévi-Strauss. Allí precisa que “El estructuralismo no sólo corresponde a una posición científica, relativamente nueva sino que, por definición, las estructuras aluden a totalidades o conjuntos. Estas particularidades bastarían para justificar un análisis precavido, tanto más si se presume que la noción misma de estructura admite tantas connotaciones como los individuos o las escuelas que trabajan en su nombre” (Lancelotti, 1969:99). El objeto teórico definido como estructura se revela entonces como algo plástico, en contra de la rigidez que se le suele atribuir.

Se ocupa también del estructuralismo, en una breve columna de la sección “Bitácora”, Ivonne Bordelois, a propósito de una entrevista a Michel Foucault realizada en *La Quinzaine* a comienzos de 1968. El título elegido para el artículo es sugestivo: “Otra vez el estructuralismo: hacia una nueva praxis”. Bordelois define a Foucault como “el producto más brillante e inquietante elaborado hasta ahora por el estructuralismo francés”. La metáfora es expresiva de la visión de su autora: el estructuralismo como fábrica que elabora artículos (pensemos aquí en la etimología: fragmentos, partes de un todo que se engarzan, y pensemos luego en otra clase de producto, los de factura intelectual). Pero el “producto” es a su vez productor. El estructuralismo habría venido a desplazar, al menos en el terreno filosófico, al existencialismo, aunque no siempre los habitualmente caracterizados como existencialistas hayan aceptado ese rótulo, como Merleau-Ponty, a quien menciona Bordelois. La autora de este texto destaca los caracteres con que se resumía la propuesta del estructuralismo: la interdisciplinariedad y la variedad, concluyendo que “Es en esta especie de pluralidad de trabajo teórico donde va realizándose una filosofía que todavía no ha encontrado su pensador único ni su discurso unitario” (Bordelois, 1968:135).

Para cerrar esta participación menciono a otro representante de la nueva generación de críticos. Enrique Pezzoni se interesó, también en la sección “Bitácora”, por *El lugar sin límites*, la novela de José Donoso. Podríamos decir que la novela es

premonitoria, en cuanto a su tema, de las discusiones sobre las diversidades sexuales hoy tan en boga, aunque Pezzoni elige decir que “Este libro fascinante, esperpéntico y goyesco, habría hecho las delicias de la crítica arquetípica, de la crítica sociológica, de la crítica psicoanalítica. Pero estamos en la era del estructuralismo. El lenguaje ya no es signo que se dispara para nombrar la realidad. El lenguaje es signo que sólo se significa a sí mismo. El hecho de la comunicación no transmite más mensaje que el hecho mismo de la comunicación. La explicación de un símbolo literario sólo produce otro símbolo literario” (Pezzoni, 1968:136). Pezzoni luego remite a la lectura antes hecha por Severo Sarduy, quien había hablado de la novela como “espacio de conversión, de transformaciones y desplazamientos, el espacio del lenguaje”.

El eje sobre el que la entonces nueva crítica estructuralista elige trabajar ha desplazado, en apariencia casi definitivamente, al enfoque de raíz filológica que caracterizaba a Spitzer y al propio Anderson Imbert, es decir a pensar la lengua como un objeto que va pasando por sucesivas etapas evolutivas, quedando la literatura como un testimonio de esa evolución. La literatura es entonces, para muchos exponentes del estructuralismo, un espacio vivo del lenguaje, y aunque tendamos a hablar del estructuralismo como algo pasado de moda, aún no podemos prescindir de ciertos conceptos que hemos heredado de él. La literatura es, en otras palabras, expresión de un metalenguaje en clave lúdica.

### Bibliografía

Anderson Imbert, Enrique (1968): “Roberto J. Payró, Leo Spitzer y la estilística”, en *Sur*, n° 311, marzo-abril de 1968, pp. 59-65.

Biscayart, Hernán A. (2018): “Crisis y decadencia de un proyecto cultural: la revista *Sur* a fines de los años sesenta y comienzos de los setenta”, disponible en: [http://ilh.institutos.filo.uba.ar/sites/ilh.institutos.filo.uba.ar/files/Biscayart%20Hern%C3%A1n\\_3.pdf](http://ilh.institutos.filo.uba.ar/sites/ilh.institutos.filo.uba.ar/files/Biscayart%20Hern%C3%A1n_3.pdf) (último acceso: 1/5/2019).

Bordelois, Ivonne (1968): “Otra vez el estructuralismo: hacia una nueva praxis”, en *Sur*, n° 312, mayo-junio de 1968, pp. 134-135.

González Lanuza, Eduardo (1967), nota bibliográfica sobre *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez, en *Sur*, n° 307, julio-agosto de 1967, pp. 50-52.

Justo, Luis (1968a), nota bibliográfica sobre *La fisura mayor*, de Noé Jitrik, en *Sur*, n° 312, mayo-junio de 1968, pp. 90-91.

Justo, Luis (1968b), nota bibliográfica sobre *La traición de Rita Hayworth*, de Manuel Puig, en *Sur*, n° 315, noviembre-diciembre de 1968, pp. 97-98.

Lancelotti, Mario A. (1969): nota bibliográfica sobre *Antropología estructural*, de Claude Lévi-Strauss, en *Sur*, n° 318, mayo-junio de 1969, pp. 99-105.

Pezzone, Enrique (1968): “La literatura se llama Manuela”, en *Sur*, n° 311, marzo-abril de 1968, pp. 136-137.